



REVISTA

del

Centro de Lectura

PERIÓDICO QUINCENAL

SUMARIO

El canónigo Manterola, por J. Güell y Mercader.—*Meditación* (poesía), por Agustín Safón.—*Llevar de cáñem* (conclusión), por Luis de Janer.—*A una aragonesa* (poesía), por Javier Gambús.—CRÓNICA CIENTÍFICA: *Algo sobre la peste bubónica*, por Francisco Llauradó.—MISCELÁNEA.

EL CANÓNIGO MANTEROLA

Nació para ser orador parlamentario, quizás para tribuno del pueblo, pero se le destinó al sacerdocio. Como es natural y lógico, Manterola resultó un sacerdote político, en toda la acepción de la palabra. Carácter violento y batallador, unía á estos, que atendidos los deberes de su profesión podían ser defectos, una gran austeridad de costumbres, vasta instrucción y una elocuencia soberana. Era carlista acérrimo, adversario resuelto de todos los liberales y no obstante, éstos le respetaban y le querían. Hasta los periódicos republicanos más avanzados dedicaron en ocasión de su muerte, palabras laudatorias. Nació en Guipúzcoa: su constitución moral y física tenía algo de aquella región cubierta de montañas enchidas de hierro. Desde muy joven, distinguióse por su fogosa elocuencia y por la fe con que predicaba en el púlpito y en el periodismo sus doctrinas católicas, con marcado carácter político.

Vino la Revolución de 1868, y en aquel rudo batallar de las ideas y de las pasiones, Manterola, se encontró en su elemento. Luchó y triunfó fácilmente en las elecciones para Diputados de la Constituyen-

te, y en aquella Asamblea conquistóse, desde los primeros días, puesto distinguido entre la oposición carlista. Al discutirse el artículo once de la Constitución relativo á la libertad de cultos, hubo batalla formidable entre nuestros primeros oradores de las escuelas liberal y católica. Duró ocho días; Manterola habló cuando ya el tema aparecía agotado y contestando á un notable discurso de Castelar. Apareció entonces en toda la plenitud de sus facultades: profundo en la doctrina, claro en la exposición, magnífico en la frase, audaz y terrible en el ataque, hábil en la defensa. Su discurso produjo profundísima sensación en aquella Cámara de verdaderas lumbres del saber y de la elocuencia, como no ha habido, ni quizás haya nunca, otra en España. Hubo unos momentos de confusión y desaliento, aun entre los más convencidos liberales; parecía que la victoria iba á volver la espalda á la buena causa, cuando levantándose Castelar, pronunció aquella famosa improvisación enalteciendo los fueros de la conciencia humana, el más hermoso discurso que ha salido de sus labios y que debiera haberse esculpido en letras de oro. La Cámara se levantó en peso, como movida por una fuerza extraña, transfiguróse como por encanto, y cuando el gran tribuno cerró su oración con aquel elocuentísimo paralelo entre la grandeza de Jeovah, que extermina al que en el error vive, y la humildad de Jesucristo que perdona y redime á los que le persiguen, ya no hubo diferencias entre católicos y liberales; el pasado y el presente se confundieron en una santa aspiración á la tolerancia, al

amor y á la paz entre los hombres de buena voluntad que en la práctica del bien solo difieren por causa de la diversidad de criterio y de la falibilidad á que vive sujeta nuestra débil naturaleza.

Manterola fué vencido; pero desde aquel día en el campo contrario se le tributaron todos los honores debidos al adversario valiente y leal. No sucedió así en el campo amigo: la envidia y la malquerencia de los pequeños, empezaron entonces á cebarse en el valeroso tribuno, minándole el terreno que pisaba y relegándole á una relativa obscuridad. Batalló en la prensa periódica durante la revolución y la guerra civil; pero no pudo alcanzar en su partido las distinciones que otros, muy inferiores á él, obtuvieron. Como escritor, sin ser de los primeros, resulta Manterola una figura relevante: cediendo á la fogosidad de su carácter, extremaba el argumento hasta acercarse en alguna ocasión, á lo ridículo, con su folleto: «Don Carlos ó el petróleo»; pero cuando se elevaba á las cuestiones doctrinales, cuando exponía las bases científicas de la doctrina católica con relación á la sociedad actual, llegaba á donde pocos de nuestros religiosos han llegado. Sus artículos en «El semanario católico» por él fundado; sus «Afirmaciones católicas», su «Ensayo sobre la tolerancia religiosa en España», son libros y folletos que merecen ser leídos, pues relevan un talento cultivado, un ingenio

perspicaz y á veces atrabilario. Esto último se muestra mejor en «El Satanismo», impugnación muy original de las doctrinas espiritistas.

Manterola, con ser una lumbrera de la Iglesia española, no llegó á Obispo, no pasó de canónigo: carácter altivo é independiente, nunca quiso plegarse á las exigencias de lo real y positivo. Tras reñidas oposiciones obtuvo una dignidad en el cabildo de Toledo, que sólo le sirvió para luchar con sus compañeros y aun con el arzobispo, á quien venció en un ruidoso pleito ante los tribunales eclesiásticos. Manterola pasó una gran parte de su vida, defendiéndose de los alevosos ataques de sus mismos correligionarios: si el caudal de talento y voluntad que derrochó en esta lucha, lo hubiere empleado en defensa de la Iglesia, Manterola habría sido un adversario temible para los liberales y racionalistas.

Quizás el convencimiento de su propio valer y las tristezas inherentes á toda vocación contrariada, le apartaron del palenque desde donde sus deberes profesionales le requerían. Fué hombre afectuoso y tolerante en el trato social y amigo de la juventud ilustrada y audaz, como lo son todos los que, ya viejos, ven alejarse el ideal que en la hermosa edad de los ensueños de gloria en lontananza columbraron.

J. Güell y Mercader.



MEDITACIÓN

¡Cuán profundo del Orbe es el palacio!
 ¿Quién rige y quién gobierna
 Los mundos y los soles del espacio
 Con mano sempiterna?
 ¿Quién penetra el misterio inescrutable,
 El secreto profundo
 De la ley que regula lo inmutable
 Del Universo mundo?
 ¿Quién encendió ese sol que centellea
 En el cielo esplendente,
 Como el divino sol llamado idea
 Brilla en la humana mente?
 ¿Quién provee á los pequeños pajarillos
 De alimento y de cuna?
 ¿Quién protege á los seres más sencillos?
 ¿Quién argentó la luna?
 ¿Quién engarzó los astros brilladores
 En los cielos divinos?
 ¿Quién dotó á los canoros ruiseñores
 De notas y de trinos?
 ¿Quién presta á la mañana seductora
 Su indefinible encanto?

¿Quién da su vesta á la rosada aurora
 Y á la noche su manto?
 ¿Qué soplo creador, santo y bendito,
 Mantiene el sin segundo
 Concierto con que van por lo infinito
 Un mundo y otro mundo?
 ¿El acaso, tal vez?... ¡Delirio insano!
 ¿La mónera insentada
 Por Hæckel?... ¡Empeño más que vano!
 ¿La materia increada?
 La creación contemplo atentamente:
 ¡Cuán hermosa subsiste
 Cual obra de una mano omnipotente!...
 ¡Existe Dios, existe!

Agustín Safón.

Vinaroz, Septiembre 1903.

LLEVOR DE CÁNEM

A Joseph Lasarte.

(ACABAMENT)

«Amich Bertrán: Tot marxa be, per are. La Mercé ha cobrat novas-forsas y está desconeguda. Aquí